

# LIDERAZGO CARISMÁTICO Y PROCESO SOCIOPOLÍTICO EN HAITÍ (1986-2004): EL CASO DE JEAN BERTRAND ARISTIDE

ALEJANDRO ÁLVAREZ MARTÍNEZ

## PRESENTACIÓN

EN EL ÁMBITO LATINOAMERICANO, LA ACTUAL COYUNTURA POLÍTICA ha favorecido el retorno de la izquierda al poder y de los líderes carismáticos.<sup>1</sup> Además de Fidel Castro, al frente del gobierno cubano de 1959 a la fecha, a partir de la década de los noventa se han destacado otros líderes como Jean Bertrand Aristide en Haití, Abdalá Bucaram en Ecuador, Hugo Chávez en Venezuela, Lula da Silva en Brasil, Ricardo Lagos en Chile, Evo Morales en Bolivia y Tabaré Vázquez en Uruguay. También se habla de gobiernos de “centro-izquierda” como el de Néstor Kirchner, en Argentina. En México ha causado una gran controversia el fenómeno político de Andrés Manuel López Obrador, tras haber perdido las elecciones presidenciales de julio de 2006, de acuerdo con el fallo del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. Entre las razones importantes que explican el “retorno de la izquierda” al poder, pueden mencionarse dos: *a*) en el nivel político, el desencanto con la democracia representativa (la realmente existente), por las altas expectativas de cambio que generó en la región; y *b*) en el económico,

<sup>1</sup> Defino el liderazgo carismático como la relación que se establece entre el líder y sus seguidores en virtud de diversas cualidades de aquél consideradas y reconocidas como extraordinarias por el grupo de adeptos. Por lo tanto, el liderazgo carismático depende de tres variables: la personalidad del líder, el grupo de adeptos y la coyuntura histórica (que integra la situación social, política, económica y cultural). La variación tanto de la personalidad como de la actuación de los adeptos y la coyuntura histórica son fundamentales para la manifestación, desarrollo o desaparición del carisma. Para un acercamiento al concepto de liderazgo carismático pueden consultarse Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; Charles Lindholm, *Charisma*, Oxford, Basil Blackwell, 1990; Italo de Sandre, “Carisma”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (coords.), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores, 1983; y D. A. Rustow, *Filósofos y estadistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

la crítica a la economía de libre mercado y los efectos de las reformas de ajuste estructural en América Latina.

En el aspecto político, en el periodo de la posguerra fría, se experimentó el denominado fenómeno de las transiciones<sup>2</sup> a la democracia en distintos países de la región. Durante la década de los ochenta, el derrumbe de los regímenes autoritarios<sup>3</sup> en países como Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile y Nicaragua, entre otros, abrió la posibilidad del establecimiento de una nueva institucionalidad basada en el consenso y en el respeto de los procedimientos y reglas democráticos. Sin embargo, en la década de los noventa, a partir de las transiciones en estos países, la agenda política se trasladó hacia un nuevo fenómeno: la difícil tarea de construir una gobernabilidad<sup>4</sup> democrática haciendo frente a una variada gama de problemas que abarcan desde terminar con los resabios y enclaves autoritarios, pasando por la necesidad de construir y consolidar verdaderas instituciones, procesos y normas democráticas (que se ven cuestionados y deslegitimados por la sociedad), hasta la atención y enfrentamiento cotidiano con la corrupción, el narcotráfico, la guerrilla, etcétera.

En el ámbito económico, el fin de la Guerra Fría impuso nuevas modalidades en las relaciones de América Latina con el exterior. Si, en el aspecto político, el fin del mundo bipolar significó el triunfo estadounidense y la hegemonía del modelo democrático, en la región latinoamericana implicó la adopción del modelo económico de libre mercado. El fenómeno de la “globalización”, que profundiza la interdependencia entre las naciones, ha alterado las relaciones de América Latina en el terreno internacional. Ha implicado una intensa dinámica en los flujos de bienes, servicios y capital, así como en la información y las percepciones que acompañan el intercambio comercial. En otros aspectos, el modelo económico denominado “neoliberal” ha sido fuertemente impugnado por amplios sectores de la población,

<sup>2</sup> Entiendo por transición el fenómeno temporal en que un régimen expresa una ruptura y un cambio político con respecto al anterior

<sup>3</sup> Considero el régimen y el sistema autoritarios como aquellos cuya legitimidad está afianzada en el uso de la fuerza y el mando, y que presentan un pluralismo limitado. El concepto de *régimen* se circunscribirá a las instituciones y la normatividad de una nación. Retomaremos, en cambio, el sistema como el espacio real de las prácticas y de los valores efectivos de la sociedad. Para un acercamiento al concepto de autoritarismo, véanse Juan Linz, “Una teoría del régimen autoritario. El caso de España”, en Eric Allard y Stein Rokkan Stein (eds.), *Mass Politics*, Nueva York, The Free Press, 1970, y Mario Stoppino, “Autoritarismo”, en Bobbio, Matteucci y Pasquino (coords.), *Diccionario de política*.

<sup>4</sup> Entiendo por “gobernabilidad” el proceso de institucionalización del sistema político donde las organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad. Véase Michael Coppedge, “Instituciones y gobernabilidad. Democracia en América Latina”, *Revista Síntesis*, núm. 22, 1994, pp. 62-63.

para los que las reformas sugeridas por las instituciones financieras internacionales (especialmente por el Fondo Monetario Internacional, FMI) han sido insensibles al problema de la pobreza, expresada en una grave desigualdad social y en una creciente inequidad en la distribución de la riqueza.

En síntesis, el descrédito de la democracia real y el del nuevo modelo económico son dos factores fundamentales que explican el impulso de los nuevos gobiernos de izquierda y del liderazgo carismático en Latinoamérica. Sin embargo, ¿el liderazgo carismático es compatible con la democracia actual? Para atender esta cuestión, he decidido estudiar el caso de Jean Bertrand Aristide en Haití, quien gobernó en los años 1991, 1994 a 1996 y 2000 a 2004, y fue considerado como uno de los primeros gobernantes de “izquierda” que retornaron en la región, después de concluida la Guerra Fría.<sup>5</sup> Es pertinente señalar que el carisma, con el paso del tiempo, puede perder su capacidad innovadora y convertirse en una fuente de autoridad tradicional y, por tanto, conservadora. En el caso haitiano, la prolongación del liderazgo carismático (aun deteriorado) se convirtió en un obstáculo para el proceso democratizador. Esta afirmación es adecuada para explicar la tensión durante los años de 1995 a 1997 entre las organizaciones políticas de la “Familia Lavalas” (*lavalas* significa “avalancha” en creole, idioma oficial, junto con el francés), de conducción carismática, y la “Organización del Pueblo en Lucha”, que procuraba oponer la estructuración partidista a la personalidad carismática en las decisiones de gobierno.

#### I. EL FIN DE LA DICTADURA DUVALIERISTA Y EL INICIO DE UN MOVIMIENTO POLÍTICO

Durante el periodo de 1957 a 1986 Haití vivió una etapa dictatorial bajo el poder de François Duvalier (1957-1971) y de Jean Claude Duvalier (1971-1986). El gobierno autoritario de ambos se expresó a través de distintas formas: la violación permanente de las reglas y los procedimientos democráticos, la falta de representatividad, la transgresión o modificación de la Constitución, la violación de los derechos humanos, la ausencia o control de las elecciones o la concentración de poderes en el dictador en turno.

A partir de 1957, François Duvalier emprendió una sistemática persecución de la oposición a su gobierno con la ayuda del cuerpo paramilitar

<sup>5</sup> Vale decir que el gobierno de Estados Unidos asumió una postura tolerante con el gobierno de Aristide, por su legitimidad democrática. Ello debido a que, a raíz del fin de la Guerra Fría, con el desmoronamiento de la Unión Soviética y del bloque socialista, había redefinido su estrategia hacia sus áreas de influencia y promovido, en el ámbito político, la democracia representativa y, en el ámbito económico, la implementación de reformas “neoliberales”.

de los *tontons macoutes*. De esta manera, hizo frente a una multitud de intentos de golpe de Estado e invasiones desde el exterior, y logró un control social, a través de la represión, que aniquiló todo indicio de participación u oposición a su régimen. Duvalier violó y modificó constantemente la Constitución, y estableció la presidencia vitalicia en 1964 y la hereditaria en 1971. Sin embargo, la represión y la violación permanente de las reglas democráticas no fueron los únicos métodos con los que el duvalierismo aseguró su continuidad durante 29 años. En el nivel ideológico, François Duvalier tergiversó la corriente de la “negritud”,<sup>6</sup> alentando una ofensiva racial del sector negro contra el sector mulato del país.<sup>7</sup> Esto le valió en un principio el apoyo de las clases medias negras, así como de las masas populares, predominantemente negras. En 1971 François Duvalier murió repentinamente y tomó su lugar su hijo Jean Claude Duvalier, quien gobernó hasta 1986. El gobierno de Duvalier hijo intentó diferenciarse del de su padre emprendiendo una “liberalización” influenciada por la política exterior estadounidense de defensa de los derechos humanos en América Latina, que promovía el presidente James Carter (1976-1980). El gobierno de Carter se oponía formalmente a los métodos autoritarios y represivos empleados por la dictadura de Jean Claude Duvalier. En un principio, cuando la dictadura aún era escandalosamente represiva, la política de derechos humanos de James Carter no podía legitimar al gobierno haitiano, al que se entregaban 150 millones de dólares por ser modelo de respeto de esos derechos.<sup>8</sup> Además de ello, algunos de los sectores de la élite económica haitiana pensaban que la represión tradicional era ineficaz. Por otra parte, la opinión pública internacional y la opinión de los haitianos en el exilio llegaron a tener cierto peso en la situación política interna. Debido a esas razones, Jean Claude Duvalier inició la “liberalización” para dotar a Haití de una nueva fisonomía “democratizadora”. El gobierno de “Baby Doc” permitió algunas manifestaciones (como el nacimiento de partidos políticos, la difusión a través de la prensa y la radio, huelgas, etc.), pero mantuvo intactas las estructuras del poder autoritario: la represión generalizada fue

<sup>6</sup> El movimiento intelectual de la “negritud” nació como una propuesta para exaltar las tradiciones y valores de la cultura africana. En América tuvo un gran impacto especialmente en las Antillas. En Haití, pensadores como J. C. Dorsainville, Jean Price Mars, Arthur Holly, Jacques Roumain y Carl Brouard fueron las figuras clave del movimiento etnológico que procura revalorar los elementos africanos de la cultura haitiana y en particular de la religión vudú. Véase David Nicholls, “Haiti: The Rise and Fall of Duvalierism”, *Third World Quarterly*, vol. 8, núm. 4, 1986, pp. 1239-1252.

<sup>7</sup> Dentro de este discurso “negrista” y “nacionalista”, Duvalier, como etnólogo, vio en la religión uno de sus más efectivos recursos para el control social. Aprovechando el alto sentido religioso del haitiano, utilizó el culto vudú y la Iglesia católica para hacerse respetar y obedecer.

<sup>8</sup> Véase Arnold Antonin, *Haití en el Caribe*, Caracas, IDILS, 1985, p. 133.

suplantada por la represión selectiva en la década de los setenta. Sin embargo, con la llegada de Ronald Reagan al gobierno de Estados Unidos (el 28 de noviembre de 1980) y el término de la retórica de la defensa de los derechos humanos, el duvalierismo volvió a hacer un uso extensivo de la fuerza para lograr el control social.<sup>9</sup>

En la década de los ochenta empezó a dibujarse la fractura del régimen duvalierista, reflejada en el aumento de las protestas populares e, incluso, el descontento dentro de los sectores dominantes.<sup>10</sup> Se sumaron a estos aspectos el retiro de la ayuda estadounidense a un régimen que internacionalmente aparecía como represivo y corrupto. De esta manera, y pese a la violencia gubernamental, la oposición al régimen, que iba conformándose en un movimiento político,<sup>11</sup> fue ganando las principales ciudades del país hasta que el 7 de febrero de 1986, en medio de la ley marcial y del estado de insurgencia popular, Jean Claude Duvalier fue forzado a salir al exilio.<sup>12</sup> En

<sup>9</sup> Sobre el uso de la violencia gubernamental para el control social en Haití, puede consultarse Alejandro Álvarez, "La violación de los derechos humanos en Haití", *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, núm. 30, 1997, pp. 241-260.

<sup>10</sup> La élite económica haitiana, en general, había otorgado su respaldo al régimen. Sin embargo, a partir del ascenso de Jean Claude Duvalier en 1971, empezó a mostrarse una pugna entre los duvalieristas de la "vieja guardia", considerados como los sectores más conservadores ("los dinosaurios"), y el grupo denominado "tecnocrático" que había favorecido la "liberalización" del régimen. La fractura en el bloque duvalierista cobró mayor importancia cuando una gran parte de la élite mostró su disgusto ante los privilegios de que gozaba el "clan Bennet", apoyado por Jean Claude Duvalier (quien había contraído matrimonio con Michelle Bennet). Así, por ejemplo, en 1986 (año de la debacle duvalierista), la Asociación de Industriales de Haití, que integraba a empresarios haitianos y extranjeros, emitió un comunicado que condenaba al duvalierismo.

<sup>11</sup> Defino al movimiento político como la acción colectiva que integra a todas las fuerzas sociales que procuran realizar cambios continuos en el régimen y sistema social y político a través del conflicto, sin ofrecer una estructura cohesionada. Considero el movimiento político como un subtipo del movimiento social, en el que se presenta una variedad de acciones colectivas que tienen como objetivo modificar el orden político vigente y afectan los procesos de decisión. Su característica distintiva respecto de los movimientos particulares consiste en que el objetivo del movimiento político es cambiar la estructura de la toma de decisiones; es decir, la lucha por el poder político. En todo caso, recuperamos el significado del movimiento social cuando sus peticiones trascienden y se transforman en exigencias políticas. En efecto, en el caso haitiano, el movimiento político trascendió las demandas sociales inmediatas (como la salud, la educación y la vivienda) y se expresó como una alternativa política democrática y antiautoritaria a través de la participación y la organización, fuera del marco formal partidista o estatal. Para un acercamiento al concepto de movimiento social y de movimiento político, puede consultarse Sydney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

<sup>12</sup> Conviene recordar la idea de Sydney Tarrow, quien establece que un movimiento social aprovecha las oportunidades políticas que surgen de la apertura del acceso al poder, de los cambios en los alineamientos gubernamentales, de la disponibilidad de aliados influyentes y

síntesis, la dictadura de los Duvalier (1957-1986) puede ser caracterizada como un régimen y un sistema autoritarios cuya legitimidad se afianzó en la utilización de la fuerza y en la negación del consenso.<sup>13</sup> La dictadura duvalierista logró una continuidad de 29 años gracias a mecanismos como la falta de legitimidad representativa; la ausencia o violación de las reglas y procedimientos democráticos, lo cual le permitió limitar o anular la participación, la oposición organizada y la competencia política; el control social, como mecanismo de poder a través del uso intensivo o selectivo de la represión; prácticas de soborno, chantaje, concesión, etc.; el uso ilimitado del poder que se concentró en el dictador en turno (François Duvalier y después su hijo Jean Claude) y, por ende, el desequilibrio entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; la utilización de un discurso autoritario con el propósito de legitimar su permanencia; y la posibilidad de la concertación de alianzas políticas, que le permitió apoyarse en las élites económicas y en la fuerza paramilitar de los *tontons macoutes*. Finalmente, es necesario enfatizar que, pese a que la dictadura duvalierista llegó a su fin en el año de 1986, no terminó con ello la actividad y fuerza política de los viejos sectores duvalieristas (en especial, la gran burguesía haitiana), que participaron activamente en la definición del proceso político ulterior. Asimismo, la crisis del duvalierismo no significó la cancelación de las prácticas autoritarias que reprodujo durante 29 años y que obstaculizaron el tránsito hacia la democracia. De ahí que se hablara de los sucesivos gobiernos militares como de un duvalierismo sin Duvalier. En otras palabras, el régimen autoritario duvalierista, con sus instituciones y sus normas, se derrumbó en 1986 pero el sistema de hábitos, normas no escritas y prácticas reales de corte autoritario siguió influyendo en el curso del quehacer político de Haití.

Por otra parte, la caída de la dictadura duvalierista marcó un momento importante en el desarrollo de un movimiento político de carácter antiautoritario y prodemocrático. ¿Por qué surge un movimiento político en Hai-

---

de las divisiones dentro de las élites (*ibid.*, p. 50). En el caso haitiano, las oportunidades políticas para el surgimiento del movimiento coincidieron con el avance de la oposición política, la división de las élites duvalieristas y el retiro del apoyo internacional por parte del gobierno estadounidense.

<sup>13</sup> El autoritarismo se basa en el uso de la fuerza y en el desprecio del consenso. Me parece que en el caso de François Duvalier existe un primer momento en que el dictador logra la adhesión de las masas gracias a una retórica racista a favor de los “negros” (la mayoría) y en contra del sector mulato. Sin embargo, una vez afianzado en el poder, Duvalier reemplaza el recurso demagógico por la imposición y el uso extensivo de la violencia. Por supuesto que el dictador no gobierna sin una base mínima de apoyo, el otorgado por las élites económicas, por algunas instituciones como la Iglesia y por la fuerza paramilitar de los *tontons macoutes*. Lo fundamental es que su dictadura se construye sin el consentimiento de la mayoría de la población y a través del empleo de la fuerza.

tí? La ausencia de la responsabilidad estatal ante demandas básicas en el orden económico y político explican el desarrollo del movimiento. Asimismo estas demandas no son recogidas por partidos políticos suficientemente cohesionados, lo que facilita que el movimiento arrebate el monopolio de esta función a los partidos y ofrezca nuevas formas de representación. Finalmente, cabe decir que el movimiento no resuelve el problema de la dirección y de los objetivos debido a la gran diversidad y heterogeneidad de grupos que lo conforman.

Después de 1986, el movimiento se expresó a través de una amplia variedad de organizaciones y grupos sociales que buscaron incidir en el proceso político exigiendo la defensa de espacios y prácticas democráticos frente a la imposición y fuerza del régimen militar. El movimiento político dio una nueva fisonomía a la forma de la participación política (constreñida y aniquilada en algunos periodos de la época duvalierista). Aunque los subsiguientes gobiernos militares emplearon la violencia como la principal forma de control social (al igual que el duvalierismo), el movimiento tuvo la virtud de construir un espacio político fuera de los canales representativos tradicionales (que en la democracia son la participación política a través de los partidos y la contienda electoral), reflejado en mítines, manifestaciones, congresos, prensa, radio, etcétera.

Pese a sus evidentes logros, el dinámico y espontáneo movimiento político fue incapaz de articularse en una dirección de gobierno o en estructuras organizativas consolidadas, lo cual fue aprovechado por el ejército (que como institución sí poseía una estructura de organización), apoyado por sectores de la alta burguesía haitiana y los terratenientes, para tomar el control del Estado. Según Gérard Pierre-Charles,

al carecer de fuerza armada, la participación del pueblo no llegó a poseer la fuerza determinante a la que podía optar, notándose también la ausencia de una conducción política que ha limitado el alcance de esa amplia movilización popular. Esa acción popular se tradujo en participación activa en el derrocamiento de Duvalier, pero no condujo al poder político a los sectores populares. El poder cayó en manos del ejército, que hasta el final resultó leal al duvalierismo.<sup>14</sup>

En conclusión, la transición en 1986 no implicó un cambio democrático sino el reemplazo de un gobierno autoritario civil, la vieja dictadura duvalierista, por un nuevo régimen autoritario de carácter militar.

<sup>14</sup> Gérard Pierre-Charles, *Haití. Pese a todo, la utopía*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios del Caribe, 1997, p. 13.

## II. EL PROCESO SOCIOPOLÍTICO DE 1986 A 2004

La etapa de 1986 a 1990 siguió mostrando la debilidad organizativa del movimiento, lo cual favoreció la hegemonía de las fuerzas armadas en la esfera política. En este periodo, bajo la dirección militar del Consejo Nacional de Gobierno (CNG), se sucedieron los gobiernos del general Henri Namphy, 1986-1988; Leslie Manigat, 1988; el coronel Prosper Avril, 1988-1990; el general Hérard Abraham, 1990; y Ertha Pascal Trouillot, 1990.<sup>15</sup>

Durante el periodo 1986-1990, el carácter autoritario de los gobiernos militares se expresó a través de distintos rasgos, entre los que pueden señalarse: la carencia de una legitimidad representativa que proviniese del consenso de la población; la asunción del gobierno mediante la fuerza y la imposición; el control social a través de la violación de las libertades individuales (asociación, expresión, elección, etc.); la limitación o negación del pluralismo, la oposición y la competencia política; el uso ilimitado del poder; las convocatorias incumplidas para la celebración de elecciones.

En contrapartida, pese a la hegemonía dictatorial, se observaron importantes avances democráticos en el periodo 1986-1990. En términos generales, siguió registrándose un progreso sustancial (cualitativa y cuantitativamente) en los niveles de participación y movilización a favor del cambio democrático. Aglutinados en un movimiento político, se dibujó una integración de distintas fuerzas sociales, como los partidos, organizaciones estudiantiles, sindicatos campesinos y obreros, organizaciones religiosas, etc., que influyeron (sin determinar) el proceso político haitiano. La participación y movilización, que se desarrollaron en un ambiente de represión, iniciaron un peculiar fenómeno de “ciudadanización” que no era concebible durante el periodo duvalierista. Ello no implicó, en la práctica, un reconocimiento por parte de las fuerzas armadas a la participación de los haitianos en el espacio público (a pesar de que formalmente la Constitución les otorgaba esta libertad), pero significó una oportunidad para revalorar el ejercicio de sus derechos en la calle, aun asumiendo los riesgos de la violencia gubernamental.

El clímax de las manifestaciones populares se expresó en la elección democrática de 1990 y el primer gobierno de Jean Bertrand Aristide (1991). La gestión gubernamental de Aristide tuvo como principales logros la disminución de la inseguridad pública y el respeto a los derechos huma-

<sup>15</sup> Un análisis de la problemática de la transición haitiana en su conjunto durante los años de 1986 a 1990, puede verse en Alejandro Álvarez, “Haití: ¿hacia la democracia? 1986-1991”, *Estudios Latinoamericanos*, núm. 8, 1997, pp. 137-152, y “Proceso político y problemas de la transición democrática en Haití: 1986-1994”, en Julio Labastida Martín del Campo, Antonio Camou y Noemí Luján (coords.), *Transición democrática y gobernabilidad. México y América Latina*, México, Plaza y Valdés, 2000, pp. 311-329.

nos. Asimismo, arrojó un balance positivo en las finanzas del gobierno. Realizó importantes reformas en el ejército haitiano. Cesó a los más connotados jefes acusados de corrupción y de violación a los derechos humanos. En la estructura burocrática aplicó reformas que incluyeron la destitución de funcionarios y una desdualización del Estado. Sin embargo, en su primer gobierno, Aristide también generó críticas hacia su personalidad carismática, calificada de autoritaria, mesiánica y populista.

A pesar de que la movilización social y la organización política llegaron a su máxima expresión con el gobierno de Aristide, el primer intento de transición democrática se vio frustrado por el golpe de Estado de septiembre de 1991, llevado a cabo por el ejército, apoyado por las élites económicas haitianas y un sector del parlamento. Con la asonada, nuevamente se impuso la dictadura militar y los procedimientos antidemocráticos (la represión, la violación de las libertades de expresión, asociación, imprenta, etc.). La pugna entre los sectores que procuraban un cambio democrático y los que intentaban seguir conservando los privilegios que les había otorgado el dualismo revistió el carácter de una crisis política, que se vio agudizada por la pauperización y las profundas desigualdades sociales. Después del golpe, el ejército gobernó el país entre los años 1991 y 1994.

El exilio de Aristide durante los años 1991 y 1994 marcó una nueva fase, caracterizada por una vigorosa acción diplomática en distintos foros internacionales, en especial de América Latina y Estados Unidos. La presión a favor del retorno de Aristide a Haití se conjugó con una política estadounidense en pro de la “democratización” del área latinoamericana.<sup>16</sup> De esta manera, el gobierno estadounidense y la comunidad internacional ejercieron presiones diplomáticas y financieras en contra del gobierno militar haitiano.<sup>17</sup>

Los militares fueron expulsados del gobierno en 1994 como consecuencia de una intervención armada multinacional, en la que participaron la ONU y la OEA. Aristide asumió nuevamente la presidencia en ese año, hasta 1995. Este último es importante ya que, por segunda ocasión, la sucesión en el gobierno se llevó a cabo a través de la vía institucional y no por medio de la fuerza y la imposición. De los comicios salió victorioso un ex ministro de Aristide: René Préval.

De 1995 a 2000, en el movimiento Lavalas (frente en el que convergieron la mayoría de los seguidores del líder) se perfilaron claramente dos

<sup>16</sup> El tipo de democratización que impulsó Estados Unidos en América Latina se redujo en gran medida a la exigencia de la celebración de elecciones.

<sup>17</sup> Las presiones internacionales influyeron para que el teniente general Raoul Cedrés decidiera firmar el Pacto de la Isla de Gobernadores en 1993, por el cual se acordaba el retorno de Aristide a la presidencia. Debido a que el gobierno militar incumplió los acuerdos, la comunidad internacional decidió intervenir militarmente el país.

tendencias antagónicas: por una parte, la figura de Aristide y su liderazgo carismático, a través de la Familia Lavalas; por otra, la Organización del Pueblo en Lucha (OPL), creada como un intento de estructuración partidista, opuesta a los métodos personalizados y autoritarios de Aristide. El 6 de abril de 1997 se llevaron a cabo las elecciones parlamentarias, las cuales fueron cuestionadas por la sospecha de un fraude que otorgó la victoria a la Familia Lavalas. Asimismo, el 26 de noviembre de 2000 tuvieron lugar las elecciones presidenciales. Teniendo como trasfondo el boicot electoral por parte de una alianza de 15 partidos de oposición denominada “Convergencia Democrática”<sup>18</sup> (en donde participó la OPL), y la violencia política, fue declarado vencedor oficial de la contienda el candidato de la Familia Lavalas, Jean Bertrand Aristide. Las elecciones fueron criticadas por la oposición interna e, incluso, por la comunidad internacional.

A diferencia de la gran participación de la población haitiana en el año de 1990, en 2000 se mostró una clara disminución del interés en el proceso electoral. Sobeida de Jesús Cedano señala que “generalmente los gobiernos de la región [del Gran Caribe] han sido elegidos con un porcentaje reducido. El caso extremo fue Jean Bertrand Aristide en Haití, en cuya elección presidencial los observadores electorales calcularon una participación de entre 20 y 30% de la población. Son gobiernos legalmente constituidos pero que no gozan de legitimidad”.<sup>19</sup>

Como primer ministro, Aristide designó, con la aprobación del parlamento, a Jean Marie Chérestal y conservó la mayoría en él a través de la Familia Lavalas. Aristide comenzó a ejercer la presidencia a partir del 7 de febrero de 2001. El inicio de su gestión tuvo como escenario una fuerte crisis política nacional e internacional. Las elecciones de 2000 fueron severamente criticadas por la oposición y la comunidad internacional. La oposición, agrupada en Convergencia Democrática, exigió su anulación y la convocatoria a otros comicios organizados por un nuevo Consejo Electoral Permanente (CEP). Convergencia calificó las elecciones legislativas de mayo y las presidenciales de noviembre de 2000 como un “golpe de Estado electoral con el fin de instaurar una nueva dictadura”.<sup>20</sup> Asimismo, este frente

<sup>18</sup> Convergencia Democrática se pronunció contra los resultados de las elecciones del 21 de mayo y del 26 de noviembre de 2000, contra del Consejo Electoral Permanente que las organizó y contra la intención de Aristide de consolidar una nueva dictadura.

<sup>19</sup> Sobeida de Jesús Cedano, “Nuevo tipo de gobernabilidad o ingobernabilidad regional”, en Haroldo Dilla (ed.), *Los recursos de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe*, Caracas, Flacso/Nueva Sociedad, 2002, p. 80.

<sup>20</sup> “La communauté internationale bloque son aide à Haïti”, *Le Monde*, 7 de febrero de 2000. Disponible en <http://www.haiti-info.com>

nombró como presidente interino, de forma paralela a Aristide, al fundador de la Liga Haitiana de los Derechos Humanos, Gérard Gourgue.<sup>21</sup>

La comunidad internacional se sumó a las críticas de la oposición interna. La OEA cuestionó los procesos electorales en Haití arguyendo que existieron irregularidades en el conteo de los votos de diez de los 27 escaños de senadores. También se pronunció por la anulación de los comicios y la convocatoria a nuevas elecciones legislativas y presidenciales. A través de su secretario general, envió un mensaje especial a Aristide exigiendo el respeto a los derechos humanos y a la democracia.<sup>22</sup> Por su parte, la Comunidad Económica Europea retuvo la suma de 70 millones de euros aprobada para Haití por las mismas razones.<sup>23</sup> Además, Francia exigió al presidente Aristide entablar un diálogo con la oposición e integrar a algunos de los miembros de ésta en su gobierno. Finalmente, Estados Unidos suspendió la transferencia de 76 millones de dólares de ayuda al gobierno haitiano, que se destinarían a organizaciones no gubernamentales. Incluso, el Departamento de Estado exhortó a sus connacionales a suspender sus viajes a Haití por la inseguridad imperante en el país, que incluyó incidentes violentos, explosión de bombas en áreas públicas y asesinatos políticos.<sup>24</sup>

Frente a las presiones internas y externas, Aristide decidió enviar una carta al presidente Clinton, en diciembre de 2000, ofreciendo rectificar los resultados de las elecciones, incluir a miembros de la oposición en su gobierno y promover la constitución de un nuevo Consejo Electoral Provisional. Sin embargo, la oposición interna, a través de Convergencia, rechazó las ofertas de Aristide argumentando que debió anularse las elecciones presidenciales y haberse convocado a nuevos comicios.

Haití sufrió una crisis de gobernabilidad, iniciada a partir de las elecciones de 1997 y agudizada por los comicios de 2000. Con una presidencia ilegítima para la oposición nacional y extranjera, y con el gobierno paralelo de Gérard Gourgue, la nación haitiana se enfrentó a la disyuntiva de la regresión autoritaria o el afianzamiento de una democracia representativa. Las reglas mínimas para el juego democrático no fueron respetadas. No existió

<sup>21</sup> Convergencia Democrática expresó que la designación como presidente provisional de Gérard Gourgue tendría como límite dos años y su misión principal sería la de organizar nuevas elecciones (*ibid.*).

<sup>22</sup> James Morrison, "News and Dispatches from the Diplomatic Corridor. Problems with Haiti", *The Washington Times*, 10 de noviembre de 2000. Disponible en <http://www.haiti-info.com>

<sup>23</sup> "Un compromis entre Aristide et l'opposition semble difficile en Haïti", AFP, 8 de febrero de 2001. Disponible en <http://www.haiti-info.com>

<sup>24</sup> De hecho, el gobierno estadounidense y el gobierno haitiano no habían mantenido relaciones diplomáticas normales desde las elecciones del 21 de mayo de 2000 (*ibid.*).

un gobierno representativo que basara su legitimidad en el consenso de la población. El nuevo gobernante no poseyó una legitimidad de origen, la que proviene del voto popular. En las elecciones legislativas y presidenciales de 2000 no se llevó a cabo una alternancia política, producto de comicios periódicos y confiables. En un escenario de violencia política, tampoco estuvieron aseguradas institucionalmente las garantías individuales como la libertad de expresión, asociación, voto, imprenta, etcétera.

En síntesis, durante los años 1997 a 2000, el ejercicio del voto no constituyó una vía democrática para la renovación del poder en Haití. Las elecciones legislativas del 6 de abril de 1997 fueron cuestionadas por la sospecha de fraude que otorgó la victoria a la Familia Lavalas. De igual manera, las elecciones de 2000, tanto presidenciales como legislativas, fueron nuevamente criticadas por la oposición interna y la comunidad internacional. De 1997 a 2000, los argumentos de dichas críticas hacia las elecciones fueron, principalmente, la sospecha de fraude para asegurar la influencia y la reelección de Aristide, así como la promoción por parte de éste de una vía autoritaria y personal de ejercicio del poder.<sup>25</sup> Sumada a la división del movimiento Lavalas, la erosión se profundizó, según Guy Pierre, porque Aristide durante los años 1997 a 2000 empezó a quedarse sin las bases sociales que soportaban su liderazgo<sup>26</sup> y fue incapaz de ofrecer un proyecto de gobierno coherente que rebasara su discurso populista.

Para 2001 las negociaciones entre Convergencia y la Familia Lavalas seguían siendo difíciles, pero se complicaron aún más el día 17 de diciembre de 2001 por los rumores de un fallido golpe de Estado, seguido por actos violentos en contra de los locales de la OPL, Convergencia y del Partido del Congreso Nacional de Movimientos Democráticos (KONAKOM).<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Además del estilo personal de gobernar, se han añadido otras críticas a Aristide, como el incremento de su fortuna actual, acumulada en los diez años de régimen de su partido (con tres años de exilio), mientras que el país ha sido devastado económicamente y la pobreza aumenta cada día.

<sup>26</sup> Para Pierre, Aristide, en su variante autoritaria y ante la falta de bases sociales, empleó como táctica el financiamiento de las manifestaciones en su apoyo. Por otra parte, el autor considera que Aristide se apoyó en los sectores que habían financiado el golpe de Estado en su contra, es decir, las familias de la alta burguesía. En la paulatina erosión de sus bases sociales, la mayoría de los intelectuales y elementos de la élite profesional que lo habían apoyado, lo abandonaron. Guy Pierre, "La crisis política haitiana", ponencia presentada en el Seminario Permanente de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC), en el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 19 de junio de 2001.

<sup>27</sup> Pierre Charles relata: "un ex comisario de la policía, Guy Philippe, es señalado como autor del fallido golpe. Partidarios de Aristide, las famosas 'organizaciones populares', bandas de individuos a sueldo guiados por golpeadores bien armados, incluyendo niños de 12 a 16 años, bien armados también, invaden los locales de la OPL-Convergencia y del KONAKOM. Estos locales son incendiados y saqueados [...] Entrevistado por un periodista dominicano, yo decla-

En 2004, Aristide se enfrentó a una oposición que exigía su renuncia como medio para resolver la crisis política. De una parte, se distinguió una oposición civilista y pacífica (agrupada, como hemos visto, en Convergencia Democrática), que cuestionó la autoridad de Aristide y su legitimidad institucional. La otra oposición encabezó una insurrección armada. Reunida en el grupo paramilitar Frente de Resistencia Nacional (FRN), incorporó a una importante fracción del antiguo ejército (al que Aristide había disuelto por medio de un mandato constitucional en 1995). A la tensión interna en Haití se sumó el interés de la comunidad internacional, en la cual resaltó el papel protagónico de Estados Unidos, así como la participación de la OEA, la ONU, la Comunidad de Estados del Caribe (Caricom) y los países amigos de Haití (distinguiéndose la actuación de Francia y Canadá). En medio de un escenario de violencia política, del avance territorial de la oposición armada y bajo presión del gobierno de Estados Unidos, que le retiró su ayuda diplomática, Aristide abandonó el país el 29 de febrero de 2004 rumbo a la República Centroafricana (haciendo una escala en la República Dominicana). De esta forma, concluyó el proceso de erosión carismática de Jean Bertrand Aristide.

### III. HAITÍ: ¿TRANSICIÓN HACIA LA DEMOCRACIA?

¿Puede hablarse de una transición democrática en Haití? Leonardo Morlino define el concepto de transición como “un cambio fundamental que comporta siempre el paso de un régimen a otro cuyas características esenciales son palmariamente diversas”.<sup>28</sup> Morlino señala distintas modalidades que puede revestir la transición, de las cuales resaltaremos dos: *a*) la de régimen autoritario → régimen autoritario y *b*) la de régimen autoritario → régimen democrático.<sup>29</sup> La primera ruta es la que se aplica al caso de Haití. Encontramos que al gobierno autoritario de la familia Duvalier, de 1957 a 1986, lo sucedió un nuevo régimen autoritario, representado por el ejército, que se prolongó hasta 1994. De 1994 a 1997 existe un esfuerzo de construcción democrática que, sin embargo, se ve limitado por el peso de la intervención extranjera y la fractura del movimiento político.

---

ro que todo parece ser un montaje, una puesta en escena, un autgolpe para cubrir el vandalismo incendiario y asesino en contra de la oposición”. Gérard Pierre-Charles, “Más allá de los actos criminales del 17 de diciembre de 2001. Homenaje a la mujer”, Petion-Ville, Haití, 2002, s. e., pp. 1-2.

<sup>28</sup> Leonardo Morlino, *Cómo cambian los regímenes políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985, p. 104.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 111.

Por otra parte, en opinión de Adam Przeworski, las transiciones son aquellos fenómenos que rompen radicalmente con el pasado en el contexto político y económico.<sup>30</sup> Dicha definición es similar a la de Morlino, aunque específica que la transición se circunscribe a los ámbitos económico y político. Przeworski indica que las transiciones procuran responder a las condiciones que lleven a la democracia y a la prosperidad material. Si nos apegáramos a las consideraciones anteriores, diríamos que en Haití no ha existido una transición desde el punto de vista económico. Las condiciones de pauperización fueron una constante tanto del duvalierismo como del gobierno militar. Sin embargo, a nivel político, encontramos diferencias en ambos regímenes, sobre todo en la reestructuración de los actores del poder. Por ejemplo, el ejército, que había sido subordinado por el cuerpo paramilitar de los *tontons macoutes*, vuelve a ser el actor principal en la vida política haitiana durante el periodo 1986-1994.

Al igual que Morlino, Przeworski señala dos tipos de transiciones: las que no conducen a la democracia y pueden llevar a una nueva (o vieja) dictadura (correspondería a lo que Morlino señala como transición régimen autoritario→régimen autoritario), y las que llevan a la democracia.

Con base en lo anterior, entiendo por transición el fenómeno temporal en que un régimen expresa una ruptura y un cambio político con respecto al anterior.<sup>31</sup> Dentro de los tipos de transición posibles distingo dos: la transición de un régimen autoritario a otro autoritario y la transición de un régimen autoritario a uno democrático.<sup>32</sup> Exceptuando el gobierno de Aristide (1991), para el periodo 1986-1994 se aplica la primera ruta de transición, donde el cambio principal se produjo en el nivel del gobierno (de un gobierno civil-autoritario a otro de carácter militar-autoritario), conservándose las prácticas y valores del sistema autoritario. Cabe señalar que, a diferencia del duvalierismo (1957-1986), el régimen militar no pudo cancelar en forma efectiva los espacios de expresión y protesta de los nuevos actores que irrumpieron en el escenario político.

En la segunda ruta de transición, de un régimen autoritario a uno democrático, se da un proceso gradual de cambios en el cual la legitimidad del gobierno se desliga del recurso y la razón de la fuerza y privilegia las reglas y los procedimientos consensuales. Por ejemplo, el régimen autoritario puede recurrir o ser obligado a conceder la apertura política, lo que incide en la disminución del control social, el reconocimiento de la opo-

<sup>30</sup> Adam Przeworski, *Democracy and the Market*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

<sup>31</sup> Retomo la idea de cambio político tanto de Morlino como de Adam Przeworski.

<sup>32</sup> Nuevamente recupero estas rutas de transición de Morlino y Przeworski.

sición y el respeto gradual de los derechos civiles y humanos. En este caso, el fin del gobierno autoritario puede coincidir con la instalación de un gobierno representativo. Para el caso haitiano, esta ruta de transición parecía concretarse en 1990, cuando la elección de Jean Bertrand Aristide rompió momentáneamente con la hegemonía de los militares. No obstante, dicha tentativa se vio frustrada por el golpe de Estado de 1991. Un segundo intento de transición democrática empezó a operarse en 1994 con el retorno de Aristide a la presidencia. Sin embargo, la reinstalación de Aristide en el gobierno haitiano merced a una intervención extranjera multinacional puso a discusión el contenido democrático de la transición.

#### IV. JEAN BERTRAND ARISTIDE: ¿LÍDER POPULISTA?

Algunos especialistas han ubicado la emergencia de los nuevos liderazgos de izquierda dentro del fenómeno del populismo.<sup>33</sup> En el caso haitiano, considero que sería impreciso definir a Aristide como un líder populista en la aceptación clásica del término. Por ejemplo, Aristide no logró impulsar una reforma agraria en el país, que hubiera socavado el poder del sector terrateniente. Sin embargo, es interesante anotar que en el periodo de 1990-1991 (elección y primer gobierno de Aristide) se da un proceso de ampliación de la participación política, anteriormente restringida a los juegos interelitistas.

Por otra parte, en el sentido populista, me parece interesante destacar el impacto del elemento discursivo como el fundamental para la convocatoria a las masas.<sup>34</sup> En el caso de Aristide, las amenazas en contra de “los

<sup>33</sup> El populismo en el pasado latinoamericano, con líderes como Lázaro Cárdenas en México (1934-1940), Getúlio Vargas en Brasil (1930-1945 y 1951-1954) o Juan Domingo Perón en Argentina (1943, 1945-1946 y 1951-1954), se caracterizó, entre otros aspectos, por la inclusión de las masas en la arena política a través de la movilización social y de formas corporativas de participación. Es decir, se trata de la transición de una participación restringida a una ampliada. De igual forma, sucede un cambio de la sociedad tradicional rural a la urbana (en algunos casos con una propuesta de modernización mediante la industrialización). Los aspectos básicos del viejo populismo se centraron en la lucha contra las élites latifundistas del Estado oligárquico. Por ello, en países como México la lucha antioligárquica se inició con el movimiento armado de 1910 (la Revolución mexicana) y se resolvió en el periodo de las reformas cardenistas (1934-1940), señaladamente con la reforma agraria derivada de la aplicación del artículo 27 constitucional. En este sentido, Emmerich define el periodo histórico que abarca los populismos como de democratización e incorporación de las masas a la vida política. Gustavo Ernesto Emmerich, “Ejercicio del poder y carácter de los regímenes políticos en América Latina, 1801-1984”, en Pablo González Casanova (coord.), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, México, Siglo XXI Editores, 1990, pp. 131-160.

<sup>34</sup> De acuerdo con Incisa, “pueden ser definidas como populistas aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado [como un] conjunto social homogéneo y como

ricos”, su “antiimperialismo” y la lucha contra el “duvalierismo” tuvieron una fuerte influencia en la mayoría de la población haitiana. El uso del discurso con un contenido mesiánico ha sido un factor importante en el reconocimiento de su carisma.<sup>35</sup>

Más allá de una discusión sobre la conveniencia de aplicar el término populista, me parece adecuado un examen de dicho personaje a través del concepto de liderazgo carismático, que defino como la relación que se establece entre el líder y sus seguidores en virtud de diversas cualidades consideradas y reconocidas como extraordinarias por el grupo de los adeptos. En este sentido, es importante señalar que Aristide gozó del reconocimiento y del apoyo de la mayoría de la población haitiana.

Es importante señalar asimismo que la emergencia del carisma se ve beneficiada en situaciones de crisis (“desgracia colectiva”, en términos weberianos). La crisis de las instituciones democráticas y de las organizaciones sociopolíticas en Haití son factores que favorecen la emergencia de líderes carismáticos como Aristide. En Haití, a lo largo de su historia, el sistema político ha carecido de canales apropiados de representación popular. En específico, la permanencia de un Estado prebendatario,<sup>36</sup> la incapacidad y debilidad de los partidos y el escaso nivel organizativo de la sociedad nos habla de un sistema político con un bajo perfil de institucionalización. Ello facilitó la relación entre las masas y el líder a través de la retórica demagógica y del carisma.

El dinamismo de las distintas fuerzas sociales que procuraron un cambio político en Haití, pero que padecieron de una frágil cohesión organizativa, es otro de los factores que explican la emergencia de un liderazgo carismático como el de Aristide. ¿Pero quién era Aristide? ¿Cuál fue su trayectoria antes de convertirse en un líder carismático? Jean Bertrand Aristi-

---

depositario exclusivo de valores políticos específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia”. Ludovico Incisa, “Populismo”, en Bobbio, Matteucci y Pasquino (coords.), *Diccionario de política*, p. 1280. El mismo autor, resaltando el impacto del manejo discursivo de la categoría “pueblo”, cita a Eva Perón: “es importante [...] sentirse pueblo, amar, sufrir, gozar como el pueblo, aunque no se vista como el pueblo, circunstancia puramente accidental” (*ibid.*, p. 1282).

<sup>35</sup> “El populismo que es fidelista en sus premisas, se hace, en sus módulos operativos, mesiánico, temiendo continuas insidias contra la pureza popular y buscando la supervivencia o la salvación en fórmulas carismáticas...” (*ibid.*, p. 1282).

<sup>36</sup> Defino el Estado haitiano como “prebendatario” debido a que ha sido usado por sus gobernantes para conseguir prebendas económicas y políticas. El Estado es fuente de poder, en sentido amplio. El gobernante hace un uso discrecional de los recursos públicos, así como de las funciones políticas. Ello, con el fin de allegarse beneficios personales o para grupos de interés específicos. El Estado deja de ocuparse del “bien común” y ejerce el poder como fin último.

de nació el 15 de julio de 1953 en Port-Salut. Recibió educación elemental y media superior en instituciones parroquiales pertenecientes a la orden de los padres salesianos en Haití. En 1974 se graduó en el Colegio de Notre Dame de Cabo Haitiano. Completó sus estudios de noviciado en el seminario salesiano de “La Vega”, en la República Dominicana. Un año después realizó estudios de posgrado en filosofía en el Gran Seminario de Notre Dame, así como de psicología en la Universidad Estatal de Haití.

Según Franklin Midy:

Después de haber terminado su primer ciclo de estudios en Haití, en julio de 1979, Aristide es enviado a Roma y de ahí a Israel para realizar estudios bíblicos. Aprovechando su estancia de tres años en Israel se da tiempo para llevar cursos de arqueología en Egipto y de Biblia en Inglaterra. En 1982 vuelve a su país donde, casi inmediatamente, empieza a tener problemas con sus superiores por su posición crítica frente a la dictadura. Más por motivos políticos que de otro tipo, Aristide es enviado a Montreal por las autoridades de su congregación a hacer una maestría en teología bíblica. De ahí pasa a Grecia para continuar sus estudios y finalmente regresa a Haití en enero de 1985.<sup>37</sup>

A partir de su regreso a Haití, Aristide adoptó una postura radical en contra del régimen militar, de la burguesía, de la alta jerarquía católica y de Estados Unidos. Uno de sus actos más recordados poco después de la caída del duvalierismo fue su liderazgo en una marcha hacia el Fort Dimanche (la cárcel más importante hasta ese momento) en memoria de los 30 000 haitianos que perdieron la vida en esa prisión. La represión de la manifestación, la cual fue disuelta cuando los militares abrieron fuego contra la multitud, fue denunciada por Aristide desde la estación Radio Soleil. En 1987 llamó a votar por el “no” en el referéndum para aprobar la nueva Constitución e hizo un llamado a la abstención en las elecciones presidenciales de noviembre del mismo año (que fueron suspendidas por falta de garantías debido a la violencia gubernamental). Esta actitud combativa le valió ser blanco de la represión.

En 1990 Aristide pidió el derrocamiento de la presidenta provisional Ertha Pascal Trouillot.<sup>38</sup> Finalmente, ante la inminente celebración de las

<sup>37</sup> Franklin Midy, “L’affaire Aristide en perspective”, *Chemins Critiques*, núm. 1, 1989, pp. 44-51, Clara Martínez Valenzuela, “Reseñas”, *El Caribe Contemporáneo*, núm. 21, 1990, p. 111, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Cela-UNAM.

<sup>38</sup> En ese año el general Prosper Avril dimitió dejando como presidenta provisional a Ertha Pascal Trouillot, a quien Aristide consideraba como “una persona duvalierista que siempre ha servido como duvalierista. Lo que está haciendo ahora es un pequeño juego como si fuera un juguete entre las manos de los Estados Unidos, cuyo embajador Adams Albin juega el papel

elecciones en ese año, decidió registrar su candidatura el 18 de octubre de 1990 (un día antes del cierre de la inscripción). Con el apoyo del Frente Nacional para el Cambio y la Democracia (FNCD) y del movimiento Lavalas, de carácter espontáneo y poco estructurado, “Aristide consolidó su candidatura en el nivel popular presentándose como opositor radical y combativo frente al peligro del duvalierismo y macoutismo representados por Roger Lafontant [quien había lanzado también su candidatura presidencial]”.<sup>39</sup> Esta actitud radical le valió votos en perjuicio de contendientes como Marc Bazin,<sup>40</sup> candidato del gobierno estadounidense. La mayor votación a favor de Aristide provino de los sectores populares, los más decididos oponentes del duvalierismo y del gobierno militar.

En síntesis, podemos observar distintos factores que nos permiten entender la emergencia de un liderazgo carismático como el de Aristide. Uno de los aspectos más importantes es una crisis, que en el caso de Haití se reflejó en una grave situación económica y una profunda desigualdad social, a las que se sumó un conflicto político caracterizado por el enfrentamiento entre los defensores del régimen autoritario y un movimiento que exigía el cambio democrático. En este contexto, ante la debilidad de ese movimiento, como ya se dijo poco estructurado, y ante la ausencia de una dirección política, el mensaje de esperanza, el uso persuasivo de un discurso que reivindicaba la dignidad humana, la gran habilidad del líder para comunicarse con las masas en creole, su imagen mística, fueron elementos que propiciaron el reconocimiento y la reverencia de los adeptos hacia Aristide.

Como ente simbólico, Aristide se convirtió en un generador de la esperanza en el cambio.<sup>41</sup> Como portador de un mensaje de salvación, se transformó en el líder político y en la autoridad moral que necesitaba el movimiento.

Aristide, una vez proclamado, luchará por la participación del pueblo, como actor social, a todos los niveles de la vida política y económica. En ello radica el

---

de superpresidente, de proconsul”. Jean Bertrand Aristide, “Haití: el drama permanente de un pueblo” (entrevista de Gregorio Selser), *El Día*, 19 de agosto de 1990, p. 51.

<sup>39</sup> Arnold Antonin, “Haití. Lejos del realismo”, *Nueva Sociedad*, núm. 119, 1992, p. 8.

<sup>40</sup> Marc Bazin había sido funcionario del Banco Mundial y fue ministro de Economía y Finanzas de Jean Claude Duvalier en 1982.

<sup>41</sup> “Sus discursos ardientes, pronunciados desde el altar de la iglesia de Saint-Jean Bosco, en contra del alto clero, la burguesía, el imperialismo estadounidense, los latifundistas y, sobre todo, los *macoutes* y el ejército, hicieron de él, en el imaginario [...] colectivo, el único capaz de proteger al pueblo contra la violencia criminal de los *macoutes* y el ejército. Hábil político, supo aprovechar esta situación para dar una connotación mística a su lucha electoral: ‘Titid el profeta’ simbolizaba las fuerzas del bien, y los otros las fuerzas del mal.” Sauveur Pierre Etienne, *La crisis de 1991-1994 y la problemática de la construcción de la democracia en Haití* (tesis de maestría en ciencias sociales), México, Flasco, 1998, p. 123.

secreto de su victoria electoral: creer en el pueblo y llamarlo a construir su futuro, movilizándose para lograr la realización de sus reivindicaciones, defender sus conquistas, resolver sus problemas locales, en definitiva, participar activamente en la construcción del país –afirma Gérard Pierre-Charles.<sup>42</sup>

Robert Malval considera que, en el gran espectro de su base social de apoyo, Aristide utilizó a las ciudades-miseria (*bidonvilles*) como un escenario privilegiado para electrizar a su auditorio a través de su verbo y de sus parábolas.<sup>43</sup>

Uno de los “atributos” más importantes para la maximización de su carisma fue su investidura religiosa y el apoyo que recibió de la iglesia de base. Vale decir que la iglesia en Haití se dividió, por una parte, en la que poseía un carácter oficial y tradicional (reconocida por el Vaticano) y la iglesia de base, inspirada en la teología de la liberación. Aristide, como representante de la iglesia de base, y por ende no perteneciente a la clase política tradicional haitiana, a diferencia de sus contrincantes en la arena electoral, quienes estaban respaldados por organizaciones partidistas débiles, gozó del apoyo logístico que tuvo esta institución.<sup>44</sup> Diseminada en todo el país, la iglesia ejerció además una gran influencia a través de las emisiones radiales (concretamente la estación Radio Soleil, en la cual Aristide había pronunciado encendidos sermones), que, con un uso cada vez mayor del creole, contribuyó a disminuir el aislamiento y la desinformación en una población con altos índices de analfabetismo.

Como hemos señalado, en su calidad de sacerdote salesiano, Aristide recurrió eficazmente a un discurso radical, inspirado en la teología de la liberación. En un país como Haití, con una grave desigualdad económico-social,<sup>45</sup> esta corriente encontró una gran acogida y se difundió rápidamente con la multiplicación de las comunidades eclesiales. El discurso radical de esta iglesia fue bien recibido por la mayoría de la población haitiana. Aristide hizo un cuestionamiento sistemático de las condiciones de pobreza y explotación, así como del autoritarismo dictatorial, lo cual incidió en la construcción de una personalidad de tipo mesiánico.

A ello se suma el reconocimiento de una gran parte de la población, caracterizada por su alta religiosidad, de un “aparente” misticismo e incluso

<sup>42</sup> Gérard Pierre-Charles, *Haití. Pese a todo, la utopía*, p. 132.

<sup>43</sup> Robert Malval, *L'année de toutes les duperies*, Puerto Príncipe, Éditions Regain, 1996.

<sup>44</sup> Arnold Antonin indicaba que la Iglesia es la “única institución que tiene una red de apoyo logístico hasta en los sectores más recónditos del país”. “Haití. Lejos del realismo”, 1992, p. 8.

<sup>45</sup> Durante el periodo 1977-1987 la población urbana por debajo de la línea de pobreza era de 65%, en tanto que la población rural era de 80%. Randolph Gilbert, “Haití: un reto de la esperanza”, *Secuencia*, 2ª época, núm. 26, 1993, pp. 113-118.

de ciertas “virtudes extraordinarias” en Aristide. Vale decir que el líder escapó a por lo menos nueve atentados contra su vida, que lo hicieron aparecer como un mártir.<sup>46</sup> Para Alex Dupuy, son justamente el misticismo, el antimacoutismo y el carácter mesiánico de Aristide los que le valieron el apoyo de la mayoría de la población y lo dotaron de una autoridad carismática.<sup>47</sup>

#### CONSIDERACIONES FINALES

Hemos analizado la participación de un líder carismático y su importancia en un proceso político particular. En Haití, pudimos observar que la crisis política de los años 1986 a 2004 abrió la posibilidad para la emergencia del liderazgo de Jean Bertrand Aristide. Como afirmamos, el carisma es una cualidad del líder considerada “extraordinaria” por sus seguidores. Sin embargo, esta cualidad se maximiza, disminuye e incluso desaparece dependiendo de la actuación de aquél o la de sus seguidores, y de la coyuntura histórica. En el caso de Haití, la máxima correspondencia de las expectativas de los seguidores con la actuación del líder ocurrió en el periodo 1986-1991. En éste, la pugna entre la continuidad autoritaria y la posibilidad de un cambio democrático fue propicia para que apareciera la figura de Aristide. El movimiento político antiautoritario de estos años, aunque vigoroso, muestra una debilidad organizativa palpable. Aristide dio cohesión y unidad a las distintas organizaciones y actores que integraban este movimiento político. Su mensaje, revolucionario, mesiánico, desafiante del *statu quo*, fue bien recibido por la mayoría de la población haitiana. Es decir, hubo un reconocimiento por parte de sus seguidores de sus cualidades carismáticas, lo que permitió entablar una relación afectiva entre unos y otro.

A partir de 1991 se inició una paulatina erosión del carisma de Aristide. En primer lugar, el golpe de Estado en su contra lo obligó al exilio y provocó su desvinculación con respecto al movimiento político que lo había llevado a la presidencia. Aunado a la ausencia del líder, el movimiento político fue desestructurado por la violencia del ejército. Podemos hablar de una crisis simultánea del movimiento político y el liderazgo carismático. El segundo factor que incidió en la erosión del carisma fueron las críticas de antiguos simpatizantes del líder. Al acceder al poder, en 1991, empezó a observarse un

<sup>46</sup> Por ejemplo, el 11 de septiembre de 1988 el ataque por parte de fuerzas paramilitares a la iglesia de Saint Jean Bosco, en el barrio de la Saline, Puerto Príncipe, donde Aristide oficiaba misa, dejó un saldo de seis personas muertas y cerca de 70 heridas. Con el templo incendiado, se destruyó el núcleo simbólico más importante de la iglesia de base.

<sup>47</sup> Alex Dupuy, *Haiti in the New World Order: The Limits of the Democratic Revolution*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1997, cap. 4.

estilo personalista de Aristide en los asuntos de gobierno. Tanto el FNCD, que lo había postulado como candidato presidencial, como el parlamento en general criticaron la preeminencia del Ejecutivo sobre el Legislativo. En tercer lugar, la legitimidad del líder se vio cuestionada por la ocupación extranjera (1994) que lo reinstaló en el gobierno en el año de 1995. Aristide gestionó con la comunidad internacional su retorno a Haití, pero al mismo tiempo aceptó algunos lineamientos del gobierno estadounidense y de los organismos financieros internacionales que lo hicieron abandonar su proyecto original de gobierno (el proyecto Lavalas de carácter popular) e instrumentar un plan de “ajuste estructural” (neoliberal, en palabras de sus detractores). El antiguo líder radical se convirtió en un gobernante moderado.

Finalmente, a partir de 1997, el proceso político haitiano se encontró en una nueva encrucijada: optar por la vía personalista o por la construcción de un sistema de partidos que garantizara la renovación del gobierno por medios democráticos. Las elecciones presidenciales de 2000, la cuestionada victoria de Aristide y el rechazo de la oposición interna y de la comunidad internacional a los resultados electorales generaron una nueva crisis política que desembocó en la salida del líder en 2004. El liderazgo carismático de Aristide fue positivo en la lucha antidictatorial de 1986 a 1994; no obstante, su estilo personal de gobernar confirma que el carisma, con el paso del tiempo, puede perder su capacidad revolucionaria y convertirse en una fuente de autoridad tradicional, conservadora y autoritaria. Por ello, la continuidad del liderazgo carismático fue uno de los mayores obstáculos para la transición democrática en Haití.

## REFERENCIAS

- Álvarez, Alejandro (1997a), “Haití: ¿hacia la democracia? 1986-1991”, *Estudios Latinoamericanos*, núm. 8, pp. 137-152.
- (1997b), “La violación de los derechos humanos en Haití”, *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, núm. 30, pp. 241-260.
- (2000), “Proceso político y problemas de la transición democrática en Haití: 1986-1994”, en Julio Labastida Martín del Campo, Antonio Camou y Noemí Luján (coords.), *Transición democrática y gobernabilidad. México y América Latina*, México, Plaza y Valdés.
- Antonin, Arnold (1985), *Haití en el Caribe*, Caracas, IDILS.
- (1992), “Haití. Lejos del realismo”, *Nueva Sociedad*, núm. 119, pp. 6-15.
- Aristide, Jean Bertrand (1990), “Haití: el drama permanente de un pueblo” (entrevista de Gregorio Selser), *El Día*, 19 de agosto, p. 51.

- (1992), *Théologie et politique*, Québec, Centre International de Documentation et d'Information Haïtienne, Caraïbienne et Afro-Canadienne (CIDIHCA).
- Carry, Héctor (2002), "Democracia y gobernabilidad en Haití: desafíos y perspectivas (1986-2000)", en Haroldo Dilla (ed.), *Los recursos de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe*, Caracas, Flacso/Nueva Sociedad.
- Cedano, Sobeida de Jesús (2002), "Nuevo tipo de gobernabilidad o ingobernabilidad regional", en Haroldo Dilla (ed.), *Los recursos de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe*, Caracas, Flacso/Nueva Sociedad, 2002.
- Centro de Noticias de la ONU (2006), "Haití: ONU y presidente Préval solicitan apoyo internacional continuo", 27 de marzo, en la dirección electrónica: <http://www.un.org/spanish/News/fullstorynews.asp?newsID=6567&criteria1=Haiti>
- GNN.com/IFES (2000), en la dirección electrónica: <http://www.agora.stm.it/elections/election/haiti.htm>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2006), "Haití: ¿justicia frustrada o Estado de derecho? Desafíos para Haití y la comunidad internacional", Washington, D. C., Organización de los Estados Americanos, 16 de marzo, en la dirección electrónica: <http://www.cidh.org/Comunicados/Spanish/2006/6.06esp.htm>
- Coppedge, Michael (1994), "Instituciones y gobernabilidad. Democracia en América Latina", *Revista Síntesis*, núm. 22, pp. 62-63.
- Dupuy, Alex (1997), *Haiti in the New World Order: The Limits of the Democratic Revolution*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Emmerich, Gustavo Ernesto (1990), "Ejercicio del poder y carácter de los regímenes políticos en América Latina, 1801-1984", en Pablo González Casanova (coord.), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, México, Siglo XXI Editores.
- Etienne, Sauveur Pierre (1998), *La crisis de 1991-1994 y la problemática de la construcción de la democracia en Haití* (tesis de maestría en ciencias sociales), México, Flacso.
- Gilbert, Randolph (1993), "Haití: un reto de la esperanza", *Secuencia*, 2ª época, núm. 26, pp. 113-118.
- Haïti Info (2001), "Un compromis entre Aristide et l'opposition semble difficile en Haïti", Puerto Príncipe, AFP, 8 de febrero, en la dirección electrónica: <http://www.haiti-info.com>
- Haïti Online (2000), en la dirección electrónica: <http://www.agora.stm.it/elections/election/haiti.htm>
- Incisa, Ludovico (1988), "Populismo", en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (coords.), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores.
- Kumar, Chetan (1998), *Building Peace in Haiti*, Boulder, Col., Lynne Rienner/International Peace Academy.
- Le Monde* (2000), "La communauté internationale bloque son aide à Haïti", 7 de febrero, en la dirección electrónica: <http://www.haiti-info.com>
- Lindholm, Charles (1990), *Charisma*, Oxford, Basil Blackwell.
- Linz, Juan (1970), "Una teoría del régimen autoritario. El caso de España", en Eric Allard y Stein Rokkan Stein (eds.), *Mass Politics*, Nueva York, The Free Press.
- Malval, Robert (1996), *L'année de toutes les dupes*, Puerto Príncipe, Editions Regain.
- Manigat, Leslie F. (2002), *Penser 1804-2004 autrement et le dire en vérité: un essai d'his-*

- toire "totale". *Les deux cents ans d'histoire du peuple haïtien 1804-2004*, Puerto Príncipe, Editions Lorquet.
- Martínez Valenzuela, Clara, (1990), "Reseñas", *El Caribe Contemporáneo*, núm. 21, p. 111, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Cela-UNAM.
- Midy, Franklin (1989), "L'affaire Aristide en perspective", *Chemins Critiques*, núm. 1, pp. 44-51.
- Morlino, Leonardo (1985), *Cómo cambian los regímenes políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Morrison, James (2000), "News and Dispatches from the Diplomatic Corridor. Problems with Haiti", *The Washington Times*, 10 de noviembre en la dirección electrónica: <http://www.haiti-info.com>
- Nicholls, David (1986), "Haiti: the Rise and Fall of Duvalierism", *Third World Quarterly*, vol. 8, núm. 4, pp. 1239-1252.
- O'Donnell, Guillermo y Phillippe C. Schmitter (1988), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Buenos Aires, Paidós.
- Pierre, Guy (2001), "La crisis política haitiana", ponencia presentada en el Seminario Permanente de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC), en el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 19 de junio.
- Pierre-Charles, Gérard (1997), *Haití. Pese a todo, la utopía*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios del Caribe.
- (2002), "Más allá de los actos criminales del 17 de diciembre de 2001. Homenaje a la mujer", Petion-Ville, Haití, s. e.
- Provisional Electoral Committee (2006), datos de las 12:25 p.m. del 13 de febrero.
- Przeworski, Adam (1991), *Democracy and the Market*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Rustow, D. A. (1976), *Filósofos y estadistas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sandre, Italo de (1983), "Carisma", en Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores.
- Stoppino, Mario (1988), "Autoritarismo", en Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores.
- Stotzky, Irwin P. (1997), *Silencing the Guns in Haiti. The Promise of Deliberative Democracy*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Tarrow, Sydney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial.
- Weber, Max (1981), *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.